

LAGINAK:

Sombras: Nekane

(Iban Zalduaren gaztelaniazko autoitzulpena)

Cuando me topé con ella en el museo tuve que esforzarme en demostrarle que no me ponía nerviosa, y creo que lo conseguí, aunque en realidad estaba temblando por dentro. No veía a Marga desde 1997. Me acuerdo muy bien del año porque en aquel encuentro me había recomendado *Seda*, la novela de Alessandro Baricco, y me gustó muchísimo.

Ella también trató de mostrarse tranquila: me abrazó con levedad, como si no hubieran transcurrido todos aquellos años. No reuní el valor suficiente para estrecharla entre mis brazos durante más tiempo o con más fuerza.

Intercambiamos las frases de rigor. “Te veo guapa; no te había visto nunca con pintalabios. ¿Desde cuándo lo usas?”. Desde que salgo con Mikel, pensé, pero no le di una respuesta concreta, ni a esa pregunta ni a muchas otras que me formuló a continuación; de todas formas, no creo que esperara respuestas: las preguntas fueron como los abrazos, leves, amables, nada grandilocuentes.

Marga estaba fea y había engordado. Tenía los dedos amarillentos por la nicotina y las raíces canas delataban que se teñía el pelo. Pero no le dije nada, por supuesto.

Marga y yo hicimos juntas los cuatro años de instituto; “del *Super-Pop* a Rimbaud”, como le gustaba recordar a ella. Por aquella época, más que amigas, éramos una secta. Fue así desde que nos sentaron en el mismo pupitre: yo me apellido García y ella Garciandía. Hubo una época en que iba cada tarde a casa de Marga: sus padres, al contrario que los míos, tenían un aparato de hi-fi y permitían que lo usáramos; allí nos pasábamos las horas oyendo *Rabo de nube* de Silvio Rodríguez y *Berlin* de Lou Reed, y leyendo, y hablando, y fumando. Nunca he olvidado lo que me comentó Marga después de haber terminado de leer *Desayuno en Tiffany's*: “Pienso lo mismo que Holly: ‘La patria de una es el lugar en donde te sientes bien. Y todavía lo ando buscando’”. Y yo me reí, aunque lo que había dicho no me pareciera tan gracioso. Marga y yo apenas discutíamos. Ni siquiera lo intentábamos. Puede que la amistad sea eso.

“¿Te gusta la exposición? –me preguntó de repente; no esperó a que yo le respondiera–. A mí tampoco. ¿Qué te parece si salimos de aquí?”. Le dije que de acuerdo, que podíamos ir a tomar algo a un bar de al lado, pero ella negó con la cabeza: “Prefiero dar un paseo, si no te importa. Ya sabes...”, y añadió, con una sonrisa: “Te parecerá raro, ¿verdad? Antes la más andarina eras tú...”. Es cierto: aunque hacer monte me gustaba mucho, apenas conseguí arrastrar conmigo a Marga un par de veces; durante la segunda excursión, de todas formas, casi se me deshidrató en la subida al Irumugarrieta, y nunca volvió a venir con nosotros.

De hecho, creo que el monte fue una de las cosas que empezó a alejarnos: conocí a Urko, mi primer marido, en el club de montaña. El monte y, por supuesto, los estudios: Marga se marchó a Madrid, a la Escuela Diplomática y yo, mientras tanto, anduve por Sarriko, sin poder terminar la carrera de económicas. El montón de cartas del principio fue reduciéndose durante los siguientes años. Después –nunca lo entendí– Marga entró en el mundo de la política y cada vez tuvimos menos oportunidades de estar juntas. Sí, el monte y los estudios nos fueron separando, y también, claro está, el asunto aquél de Yassin.

“Hoy la alameda está muy bonita para pasear, ¿no crees?”. Le respondí que era verdad, y fui sincera: hacía una tarde templada de ésas que pueden disfrutarse sólo en otoño. Las largas sombras de los árboles me hacían pensar en flechas. Nuestros zapatos producían un rumor muy dulce al pisar la hojarasca, y me entraron unas ganas terribles de empezar a dar patadas a las castañas pilongas recién caídas de los árboles. Pero no me atreví.

“¿Has leído lo último de Baricco? –me espetó–. No es una novela, sino un pequeño ensayo. Se titula *Next*; trata sobre la globalización. No sé si te interesa el tema, pero está bien escrito, y ayuda a entender un par de cosas”. Hizo un alto y, aunque brevemente, miró por primera vez hacia atrás; luego continuó paseando: “Hay una cosa, en el libro, que me ha dado qué pensar. Hablando de los sucesos del once de septiembre, Baricco explica cómo serán las guerras del futuro. Dice que el concepto de guerra tradicional se ha quedado anticuado; que a partir de ahora todas serán guerras internas: crónicas, inevitables, civiles. Y cerré el libro, y pensé que en el País Vasco hace tiempo que somos los más globalizados y los más modernos, porque así es nuestra guerra. ¿No crees?”.

No sé lo que le contesté a Marga, pero, una vez más, me dio la impresión de que no esperaba que le dijera nada. Luego continuamos hablando, de esto y de aquello, hasta que llegamos al puente del ferrocarril; entonces le dije que me tenía que ir, que ya nos veríamos. Nos dimos otro leve abrazo y cada una tomó su camino: yo, hacia el norte, a nuestra casa, y Marga, con el guardaespaldas siguiéndola, hacia el este.

Ni siquiera sé si vive por allí.